

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

Veteranos de Cuba y Filipinas

Muy veteranos, veteranísimos, son los supervivientes de nuestras guerras de ultramar, mal llamadas coloniales, a quienes acaba de serles concedida una pensión. Y no serán muchos, ya que, por natural exigencia cronológica, esos viejos soldados han de pasar de los 80 años de edad; combatientes que, con su debilitada memoria de ancianos, no recordarán con mucho detalle, salvo excepciones, las gestas heroicas de nuestro Ejército y de nuestra Marina en las que hubieron de participar. Y por lógica asociación de ideas hemos pensado que también los (insurrección) de entonces se habrán reducido enormemente en número, y nos parece curioso señalar que sobrevive en Filipinas su más cualificado jefe, el famoso Aguinaldo, nonagenario y no sabemos hasta qué punto lúcido. De conservar la conciencia de aquellos hechos y de confesarse en unas «Memorias», ¡qué versión más aleccionadora nos daría Aguinaldo a todos, considerando el problema de Filipinas desde el punto de vista de ulteriores realidades! Nada digamos de los antiguos combatientes cubanos, entre los que acaso sea el superviviente más caracterizado, según nuestras noticias, el general Loínez, padre de la esclarecida poeta Dulce María.

Entre ellos y nosotros, españoles todos con anterioridad a 1898, podríamos escribir la historia de aquellas guerras con esa objetividad que sólo se adquiere con el transcurso del tiempo. Coincidentes todos en la necesidad histórica y política de la emancipación de aquellos países, nos pondríamos automáticamente de acuerdo en la cordial apreciación del hecho que hoy más pueda interesarnos: la efectividad del persistente vínculo fraternal. Pero no es fácil desentenderse de las elementales consideraciones a que se presta otro hecho, y es el significado por las subsiguientes vicisitudes de los respectivos Gobiernos soberanos.

El forjador de la lengua española y de la inglesa, en las desiguales condiciones con que se manifiesta, según es harto sabido, en Filipinas, no es fenómeno que se produzca en Cuba, donde el arraigo de nuestra cultura y nuestra civilización es tan profundo y seguro como en cualquiera otro país hispanoamericano. Son de muy distinta índole los hechos acaecidos en «la perla de las Antillas» desde los días de la famosa y ya cancelada «enmienda Platt» hasta éstos de ahora en que Fidel Castro ejerce la jefatura del Gobierno con los tormentosos azares y desviaciones políticas que no nos incumbe enjuiciar, pero que no pueden quedar al margen por completo de nuestras elementales consideraciones, orientadas hacia un objetivo distinto: el recuerdo de un Ejército como el nuestro, que se condujo en aquella guerra con tan heroica nobleza que el pueblo cubano mismo jamás ha desconocido ni impugnado. En definitiva, se trataba de una guerra civil, como lo fueron todas las de la América continental. En Aya, Cuba se puso fin a un sistema político que Bolívar sonó con superar, puesta la mira en una Confederación Hispanoamericana. En Santiago de Cuba, con la inmolación de la escuadra de Cervera, se puso fin a aquel mismo sistema. Por mucho que doliera a los españoles de fin de siglo, la hora de los imperios coloniales había pasado. Pero esa crisis se ha hecho universal y ha alcanzado a todos los pueblos sin mengua de su personalidad histórica.

Los soldados que sucesivamente mandaron, durante la última guerra de Cuba, los generales Martínez Campos, Weyler y Blanco, no pelearon en vano, pese al Tratado de París. Con su heroísmo y abnegación, con su espíritu de sacrificio, aquellos Ejércitos de mar y tierra de los que son glorioso resto unos cuantos cientos de supervivientes, lucharon por una España persistente y eterna que los cubanos de sano espíritu y buena fe continúan amando a despecho de quienes la calumnian. Estos supervivientes son testigos, aparte de las proezas que cada cual lleva a cabo, de gestas dignas del más encendido romance. Lucharon no sólo contra el insurrecto de machete y rifle, sino también contra la manigua misteriosa de suyo hostil, contra el pantano o cienaga de sutil arma morbosa, contra el víbrax negro y la fiebre amarilla, contra la infección difusa de las tierras que pudieran ser paradisíacas, que lo fueron y que lo son, a pesar de cualquier otro factor desfavorable. Paraíso perdido que los cubanos mismos pierden y recobran, con todas las peripecias de una vitalidad desbordante, que es la mejor garantía de su porvenir.

Nuestros veteranos, los supervivientes de la guerra terminada en 1898, son el símbolo del esfuerzo que España rinde, cualesquiera sean las circunstancias, en pro de su destino. Así ha ganado su categoría en la historia del mundo. Lo demás es anecdótico pasajero.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO (De la Real Academia Española)

Carta de Washington

Los olímpicos americanos no piensan ganar

Ya están saliendo para Roma los atletas norteamericanos que participarán en la XVII gran Olimpiada a comenzar el 25 de agosto. Se van muy contentos y esperanzados, porque aunque están convencidos de que en la clasificación general no podrán superar a Rusia, confían en mantener su ya característica supremacía en las carreras de velocidad y obstáculos, en los saltos de longitud, altura y pértiga, y en los lanzamientos de peso, disco y martillo. También esperan conquistar laureles en natación, especialidad que estará representada por dos magníficos equipos, masculino y femenino. La satisfacción de esta embajada olímpica está bien justificada, porque para merecer su inclusión en el equipo nacional, los «boys» se han esforzado en su esfuerzo, batiendo numerosas marcas mundiales en las pruebas de selección celebradas recientemente en California.

En una de ellas, en la celebrada en el Estadio del Colegio Monte San Antonio, se establecieron cuatro récords del mundo, los de los lanzamientos de peso y martillo, la carrera de una milla con relevos y el salto de longitud, batiendo en esta especialidad la marca establecida hace veinticinco años por el fenomenal atleta negro Jesse Owens. «¡Ya era hora!», exclamó Owens, entusiasmado, cuando le comunicaron la noticia.

Este campeón de campeones, que en la Olimpiada de Berlín, en 1936, batió tres marcas mundiales—salto de longitud y en las carreras de 100 y 200 metros, además de participar en el equipo que triunfó en la carrera de 400 metros relevos—, se entrenaba corriendo los 100 metros con obstáculos llevando los ojos vendados, tal era su precisión y el dominio de la técnica.

Días antes de las pruebas de selección en el Colegio Monte San Antonio, se celebraron otras en el Estadio de la Universidad de Stanford, en Palo Alto, donde el atletismo norteamericano tuvo otra tarde gloriosa, batiendo numerosas marcas nacionales y otros tres récords mundiales, el salto de altura, las carreras de 200 metros y el salto de pértiga, marca ésta que la multitud premió con una ovación estruendosa.

Así, cargados de laureles, aunque no de rubias, se van los atletas norteamericanos a la Ciudad Eterna. Antes de la participación de los rusos, que con su «amateurismo» sintético están conquistando las máximas puntuaciones, los «boys» norteamericanos eran los más amos en estas Olimpiadas, aunque entonces también los participantes europeos se quejaban de la impureza del atletismo de

Carta de Londres

Un verano del brazo del invierno

El verano de 1960 va del brazo del invierno de 1959. Ambos sólo se diferencian en las letras del almanaque; físicamente son uña y carne. Los ingleses cada día están más convencidos de que para veranear sin paraguas lo mejor es acercarse a España. Pero estos días la propaganda que se hace de la España septentrional no favorece en nada a los hoteleros, aunque no hay duda de que para bañarse en el Mare Nostrum muchos turistas han de pasar por Irún. Climatológicamente, Elbeo—pongamos por caso—ha sido lo mismo que Londres. El denominador común fué el paraguas. Para muchos de los londinenses que no salen de la ciudad o que

veranean buscando alguna playa del sur de Inglaterra el verano 1960 está siendo muy ingrato con ellos. El cielo plomizo no deja de ser una regadera colosal. De vez en cuando asoman unos rayos de sol que se clavan en un determinado distrito: es la lotería del tiempo, y hoy le ha tocado el «premio gordo» a mi barrio, que está disfrutando de un «full sunshine», como en los mejores tiempos de verano.

¿Es este soleado día una promesa de lo que va a ser el resto de la temporada veraniega? Nadie se hace aquí ilusiones. Es mucho más práctico no hacerse las ilusiones que lo más probable es que el verano 1960 esté dando ya el brazo al invierno 1961, y estos sublimes días soleados sean simplemente un recordatorio de que la etimología del verano hay que buscarla en mangas de camisa, con gafas oscuras y ante una Coca-Cola.

EL RELOJ MAS ANTIGUO DE INGLATERRA

El más viejo reloj inglés—y probablemente el más antiguo en todo el mundo—está escondido en la hermosa Catedral de Salisbury. El reloj data de 1386, fecha de su construcción. Por un tiempo—hasta 1929—fue considerado «perdido» hasta su redescubrimiento por Mr. Robison.

Lo he visto el otro día y es una gran pieza de arte, aunque no exactamente en su parte mecánica, que es de un simplismo extraordinario. En sus primarias edades no vestía el péndulo, pero cuando éste emergió con la misma fuerza con que se impuso el pelo a la agarrona, el anciano reloj se convirtió en un instrumento honorario con «vaivén».

PERO LA MODA NO HACIA NINGUN BIEN AL MAESTRO DEL TIEMPO, y no hace sino seis años que el reloj de la Catedral de Salisbury fué restaurado a su primitiva forma haciendo de su original condición un verdadero mérito, pues no hay un sólo tornillo en todo su mecanismo.

«MUSICA MIENTRAS TRABAJA»

Han pasado veinte años desde que la emisora londinense puso en el aire como un experimento para suavizar las tareas laborales, el radio programa «Música mientras trabaja». El resultado ha sido excelente: diversas facturas han incrementado su producción en un promedio del 12 por ciento. Se ha dado el curioso caso de que fábricas que por razones desconocidas suprimieron esa media hora musical, el índice de producción descendió en un siete por ciento.

APARTE DE QUE «MUSICA MIENTRAS TRABAJA» es un programa diseñado para el obrero manual, en millones de hogares—en donde el ama de casa es una laboral del hogar—se deja oír todos los días.

«MUSICA MIENTRAS TRABAJA» se pone en el aire diariamente, excepto los sábados y domingos, desde las diez a diez y media, y desde las tres y media a cuatro de la tarde.

HOY, con ocasión de su cumpleaños, «Música mientras trabaja» ha tenido un extraordinario. Normalmente constituye este radioprograma una serie de

(Segue en cuarta plana.)

La foto de hoy



Anteayer se marchó Waldyr Pereira. En Barajas dijo adiós. Con esa amplia sonrisa y con esa mano en alto: adiós. Fué sensacional su llegada. La marcha sólo ha sido noticia por lo contrario, por lo poco sensacional. Se nos va tan callando como viene la muerte en las copias de don Jorge. Tan callando, que a uno le ha dado un poco de pena. Porque para una estrella no hay peor muerte que la del silencio, o la del murmullo piadoso.

No quiero que estás líneas sean un murmullo piadoso. No sería lógico. Ni justo, porque, para mí, Waldyr Pereira sigue teniendo una extraordinaria categoría dentro del fútbol mundial. Del fútbol, porque ya se habrán dado cuenta ustedes de que Waldyr Pereira es Didi, el famosísimo internacional brasileño del Boca Juniors que asombró al mundo, pero decepcionó a España. Lo que sucede es que yo prefiero llamarle Waldyr... porque, francamente, se me hace muy cuesta arriba llamar a un tío Didi... Lo llamaría Didi, o Loló, o Cucú a una chatunga, pero... Bueno—eso, aparte—, Waldyr se va, Waldyr se ha ido, con su dinero pero, probablemente, con un gran vacío. Ese vacío que todo profesional nota muy adentro cuando tiene todo lo que sabe, todo lo que siente, y la gente se le queda fría.

A Waldyr la gente se le ha quedado fría... La gente española que suele tener tan alta temperatura... Fria de toda frialdad. Y, con la gente, el Madrid, y Waldyr se va. O Didi, para que nos entendamos mejor. Didi se va diciendo adiós a esos cuatro amigos que siempre tiene uno. A esos que, por ser sólo cuatro, suelen ser de verdad...

En fin... ¡que la suerte te acompañe, muchacho! Te lo deseo, muy sinceramente. Porque duele verte tan no triunfador y tan sobrado de merecimientos... Y es que—tú lo sabes bien—para el éxito no es sólo preciso saber hacer las cosas, sino que nuestra bola encaje bien en el agujero del billar... Y a la tuya, Didi, le ha sobrado un «di» y le ha faltado un «Stéfano» para la apoteosis.—FELIX ANTONIO.

Las bibliotecas, agentes vivos de cultura

Desde los más remotos tiempos hasta hoy, el hombre ha hecho del libro el fundamento de su saber

Decía Marco Aurelio, el Emperador romano tan famoso por sus largas guerras contra los bárbaros como por su afición a las letras y la filosofía, que los hombres hay que instruirlos o, de lo contrario, soportarlos. Desde los tiempos de Marco Aurelio, que vivió de los años 121 al 180, han pasado dieciocho siglos y han cambiado muchas cosas. Lo que no ha variado en absoluto es la alternativa del instruir o soportar; instruir a los demás para no soportarles e instruirse a sí mismo para no tener que soportar la propia ignorancia, que es todavía peor.

Para educar, el hombre ha trabajado constantemente, y la formación—desde los antiguos ancianos que aleccionaban a niños y jóvenes, hasta los actuales Departamentos y organismos internacionales coordinados en la empresa—han sido preocupación obsesiva de los pueblos y de los hombres grandes, en lo general y en lo particular, y cada cual procura darle siempre el mejor maestro a su hijo, lo mismo ahora que en los tiempos en que Filipo le daba a Alejandro como preceptor nada menos que a Aristóteles.

La tarea de instruir se ha realizado a través de los tiempos bajo el con un propósito de formar con arreglo a unos procedimientos que sujetos a las posibilidades de cada época—han venido a ser casi siempre los mismos, sobre todo uno: el libro. En razón de que cada hombre sólo es capaz de transmitir su saber directamente a unos pocos por medio de la palabra hablada, el libro llegó como la forma perfecta para que el hombre pudiera fijar su enseñanza, para mostrarla o para aprenderla, convirtiéndose después, del mismo modo, en el máximo vehículo de expresión para el espíritu, tanto en materias formativas como en diversos géneros para recreo del espíritu, desde la poesía a la novela. La fuerza del libro está ya desde el principio, desde la época en que cada libro es el esfuerzo magistral de un copista; entre esos miles de artifices de la antigüedad, como lo consiguió reunir para la biblioteca de Alejandría los 400.000 volúmenes e rollos que arden en una sola hornada en la batalla de César en la ciudad, en la más importante pérdida que quizá ha sufrido la cultura de muchos tiempos; y la fuerza del libro crece arrolladora desde que

en 1440 Gutenberg inventa la tipografía y las imprentas hacen el asombro de lanzar cuantos ejemplares se quieran, para lanzarse al camino de las modernas máquinas, capaces de imprimir y empaquetar por sí solas cincuenta o sesenta mil ejemplares en una jornada.

LAS BIBLIOTECAS

Las primeras bibliotecas fueron privilegio de grandes, primer de monasterios. En la actualidad no precisan explicación, porque desde las más importantes ciudades a los más apartados rincones de la geografía, los hombres se han ido agrupando en torno a las estanterías, donde todos esos libros que un hombre no es capaz de encontrar y poseer por sí solo, se alinean para que sirvan a todos y cada uno. Estas, entidades, fundaciones, organismos, Avuntamientos y empresas forjan hoy sus bibliotecas a ritmo creciente, servidas por cuerpos y hombres especializados en esa tarea, que en España cuida concretamente el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que el año pasado celebró su primer centenario.

Sin embargo, a pesar de que el concepto sobre las bibliotecas (Segue en cuarta plana.)

tanterías, donde todos esos libros que un hombre no es capaz de encontrar y poseer por sí solo, se alinean para que sirvan a todos y cada uno. Estas, entidades, fundaciones, organismos, Avuntamientos y empresas forjan hoy sus bibliotecas a ritmo creciente, servidas por cuerpos y hombres especializados en esa tarea, que en España cuida concretamente el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que el año pasado celebró su primer centenario.

Sin embargo, a pesar de que el concepto sobre las bibliotecas (Segue en cuarta plana.)

SIN MAL HUMOR

Diálogos con las sombras: El Greco

Prepárese, Domenico, que pronto invadirá su casa la muchedumbre de turistas que, al venir a Madrid, tienen su mirada puesta en Toledo.

El Greco me miró unos instantes y susurró: —Lo sé. Me enteré que su instalación, tan semejante a la que yo habité, se debió a la generosidad del marqués de la Vega Inclán. Dios se lo pague.

Estábamos en los jardinitos de la casa los dos solos. Atardecía y ya se habían retirado los últimos visitantes. —¿Nos nacisteis en la isla de Creta, ¿no?—le pregunté. —Sí. Fué en el año 1541. Cuando yo contaba diecinueve años me trasladé a Venecia. Había contemplado algunos cuadros del Tiziano y soñaba con visitar su taller. Si ha visto usted mi cuadro «La Trinidad», del Museo del Prado, algo le recordará del maestro veneciano. Después me trasladé a Roma y, en fin, ya había cumplido yo los treinta y seis años cuando llegué a Toledo.

—Bien, pero decidme, messer Domenico: ¿Qué le impulsó a venir a España? ¿Qué sabías ves de España? —Nada; lo que le oí al Tiziano: Que Felipe II le había llamado para decorar El Escorial, y que el maestro se había excusado con sus muchos años. Y como no ignoraba que otros pintores italianos habían llegado aquí para dicha tarea, me decidí a probar suerte. —¿Así, por la cara? —No. Traía una carta del humanista español don Juan de Castilla para su hermano don Diego,

que era el deán de esta Catedral toledana. Con esa carta me abrí paso en esta ciudad. No así en El Escorial. A Felipe II no le gustó el «Martirio de San Mauricio y la legión tebana». Desde entonces decidí quedarme en Toledo, donde no me faltaron encargos hasta el fin de mis días.

Estuvimos silenciosos unos segundos y, al fin, me decidí a preguntarle: —¿Cuándo vinisteis a Toledo, sabiais hablar castellano? —No. —Entonces, ¿cómo enamorasteis a la joven doña Jerónima de las Cuevas? Porque vos vinisteis en 1577 y al año siguiente os nació un hijo habido en dicha joven.

El Greco, que había fijado sus ojos en el suelo, levantó la mirada para contestarme: —Ahora ya os puedo responder, porque sé que entre ustedes existe una palabra que lo explica todo. —¿Cuál es? —«Flechazo»—contestó Domenico Theotocópuli. —¿La amasteis? —¿Toda mi vida. Fue persona de buena conciencia y de mi mayor confianza. —Entonces, ¿por qué no os casasteis con ella? —El pintor guardó silencio. Insistí: —¿Fue porque luego descubriste que por sus venas corría sangre judía? —Así es—se limitó a contestar. —Aun tengo que haceros otra

pregunta sobre este particular. En la colección Stirling Maxwell figura un bellissimo retrato de mujer con el título de «La dama del armario». ¿Es el retrato de vuestra amada? —Sí. —También se ha hablado de vuestro mal genio. Dícese que a vuestro discípulo Luis Tristán le propinasteis en cierta ocasión algunos buenos bastonazos. —Tuvo él la culpa. Los PP. Jerónimos de la Sisa le encargaron un cuadro que, una vez terminado, lo tasó en 200 ducados. A las padres les pareció exagerada la pretensión y vinieron a verme con Tristán, para que yo lo retajara. Miré despacio al cuadro y, sin poder contenerme, cogiendo mi bastón le di unos cuantos golpes a mi discípulo. Los PP. se alarmaron diciendo que no le golpeará más, ya que aun cuando había pedido mucho dinero la cosa no era para tanto. A lo que respondí a sus paternidades, que no le pegaba por haber pedido mucho sino al revés; por haber pedido poco, ya que el cuadro no valía menos de 500.

—¿Y se los pagaron? —¡Vaya! El cuadro era muy bueno. —Y ahora—le dije—vamos a lo que tanto se ha tratado y discutido. Se ha dicho que padecíais un defecto visual por virtud del cual pintabais muy alargadas las figuras. Me miró stupefacto.

Me miró stupefacto.

—¿Yo? ¿Un defecto visual? —Sí. Creo que astigmatismo. —¿Que tontería! Jamás usé antiparras. —Pues por eso. Si las hubieseis usado... No siga usted. Yo sé bien lo que he pintado. Y lo que he pintado lo he visto mejor que nadie. ¿Ha oído usted hablar de las proporciones del cuerpo humano? —Sí. Los antiguos las cifraron en siete cabezas y media. —Bien, lo humano es humano y lo divino es divino. Las proporciones de lo divino no deben ser las de lo humano. A las figuras humanas yo les di sus proporciones naturales; pero a las divinas no, porque como propenden a lo alto se estiran. —Así lo hacían los bizantinos en sus mosaicos. —Cierto; y como yo me formé en la manera bizantina, nunca quise desmentir ese principio que fué consustancial a mi ser católico. —Conformes. Pero siendo la Virgen María un ser divino, ¿por qué en la «Pentecostés» le pusiste sobre la cabeza una lengua de fuego? ¿Qué necesidad tenía de ella si poseía todos los dones del Espíritu Santo? —Aquí messer Domenico se echó a reír, y dándome un golpecito en la pierna se levantó. Le imité, y andando lentamente nos dirigimos a la casa. —Mañana—le dije—nuevos turistas. —Y nuevas tonterías—me contestó. Nos despedimos. BRADOMIN



Ultima columna

Meditación sobre el cuerpo

Tarde del 15 de agosto. He aquí «la imagen del amor humano perfecto» que decía Ghanam Greene a la Asunción de Nuestra Señora. Este cuerpo glorificado de mujer que ha vencido a la muerte es la gran alegría para el cristiano: la carne también ha sido salvada, todo el hombre ha sido salvado. San Ireneo, que vivió en el siglo II, escribió: «Si la carne no se ha salvado, es que el Señor no nos ha redimido». Ya entonces había en la Iglesia herejías que despreciaban el cuerpo del hombre y las hubo después y en nuestros días el cuerpo es tan despreciado que se le sigue matando bajo cualquier pretexto, se le tortura y se le humilla con todas las invenciones de la lujuria.

El año pasado hubo una verdadera «guasa» nacional y casi internacional porque la jerarquía eclesiástica española recordó, una vez más, ciertas normas de moral cristiana y señaló los comunes peligros en que todos los hombres perecemos: el desnudismo o la proximidad de otra carne. Pero aquellas normas no tenían nada del desamor, frialdad y dureza puritanos, porque el puritanismo nunca ha sido una especialidad de la Iglesia precisamente, ni la Iglesia ha dicho nunca que la castidad sea el centro del cristianismo, sino la caridad sin la cual la castidad misma no sería otra cosa que una monstruosa soberbia. Pero la Iglesia sabe también que «la sensualidad» hace la cama a la «incredulidad» y que la bienaventuranza de la pureza del corazón está a la raíz del cristianismo y que no es posible la adhesión a Cristo sin la evangelización de la carne.

Pero todo lo que entre cristianos no tenga este tono de ingoitable misericordia, de infinita ternura, de maternal amonestación que ni mira a los ojos para no avergonzar, como Cristo lo hizo con aquella pobre mujer sorprendida en adulterio, todo lo que no sea este amor de los gestos de Cristo no es cristiano, naturalmente, aunque pueda ser clerical o cofradil. Y ¿es cristiana y eclesial—conforme al espíritu de esta Iglesia de Cristo—montar una «cruzada» contra la «indecencia pública»? No juzgo las intenciones de nadie, pero aparte de que ya no son los tiempos de ninguna cruzada, si alguna vez lo fueron, no me parece cristiano sencillamente dividir a los ciudadanos de un país y miembros de una cristianidad en «decentes» e «indecentes» e «indeseables» como lo hace este artículo sin firma que acabo de leer y que habla de esa cruzada. En primer lugar porque en la categoría de «indecentes» iban a entrar, sin duda, los seres menos hipócritas de esta sociedad condenados por muchos de esos otros señores de vida doble que justifican la propia porquería oculta, tanto por lo menos, como mal dicen los escándalos. Y muchos de los que se adherirían a esta cruzada serían los mismos serios señores que, cuando no están los curas en su presencia, cuentan durante tardes, enteras de ocio sus sucios triunfos donjuanescos, se rien de la fidelidad matrimonial y protestan contra la intolerancia de la Iglesia que condena el adulterio y todas las perversidades del corazón y de la carne que no se ven en la oscuridad y bajo los vestidos que llegan a los tobillos.

El mal del mundo moderno no es que se cometan más pecados que en otros tiempos, es que, como señaló el Papa Pio XII, este mundo ha perdido el sentido del pecado, que se peca «deportivamente», que se pisotea el amor de Dios con la inconsciencia de aquellas carananas que cuando nos pinta camino del infierno entre risas y burlas. Pero el riesgo de la condenación del hombre es un riesgo aceptado por Dios, al crear libre al hombre. Por supuesto que un Estado tiene el derecho y el deber de exigir unos modos de convivencia humana que no hagan de una sociedad un establo, por supuesto que la Iglesia tiene el derecho y el deber de advertir a sus hijos del pecado, pero no sé si nosotros tenemos el derecho de hacer una cruzada para impedir pecar. Pero si nuestro corazón es puro, la alegría de este corazón triunfará una vez más sobre el paganismo de este mundo y la tristeza de la carne. Para que esta carne sea también alegre porque está salvada, porque está destinada al amor de otra carne o a entregarse a Dios en la virginidad, destinada a la resurrección, no a los deseos ni a la carroña del sepulcro.